



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 29

23 de agosto de 2009

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

MARÍA ROSA LIARTE ALCAINE

Hernán Cortés, el Conquistador

RESUMEN

Célebre conquistador de México, nacido en Medellín (Extremadura) en 1485 y muerto en Castilleja de la Cuesta (cerca de Sevilla) en 1547. Vilipendiado y glorificado como ningún otro conquistador español, a excepción quizás de Francisco Pizarro, venció a la Confederación Azteca y fue fundador del México colonial.

PALABRAS CLAVE

Hernán Cortés, Aztecas, Moctezuma, Cempoala, Tlaxcaltecas.

María Rosa Liarte Alcaine

Licenciada en Historia por la Universidad de Málaga

rosaliarte@gmail.com

[Claseshistoria.com](#)

023/08/2009

Célebre conquistador de México, nacido en Medellín (Extremadura) en 1485 y muerto en Castilleja de la Cuesta (cerca de Sevilla) en 1547. Vilipendiado y glorificado como ningún otro conquistador español, a excepción quizás de Francisco Pizarro, venció a la Confederación Azteca y fue fundador del México colonial.



LA FORMACIÓN DE UN CONQUISTADOR

Cortés fue hijo de unos hidalgos pobres, el escudero Martín Cortés, según indicó el padre Las Casas, y Catalina Pizarro Altamirano, hija de la condesa de Medellín, según el cronista Francisco López de Gomara. Fue un niño enfermizo que, al cumplir los catorce años fue enviado a Salamanca con su tía paterna Inés de Paz, pues sus padres deseaban que estudiara leyes en la Universidad. En esta ciudad vivió dos años, durante los cuales estudió gramática y latín con Francisco Núñez de Valera, aunque no llegó a entrar en la universidad; así pues, regresó a Medellín, con el consiguiente disgusto de sus padres.

Joven bullicioso y amigo de las armas, en 1501 decidió embarcar en la expedición de Ovando a Indias, pero se lo impidió el trauma que sufrió al caerse de un muro cuando rondaba a una dama casada. Al recobrarse se dirigió a Valencia para embarcarse a Italia

con las tropas del Gran Capitán, pero tampoco logró hacerlo. Después de vagabundear por las ciudades españolas durante un año, retornó a Medellín, y anunció a sus padres su deseo de ir a América. En 1504, con diecinueve años, partió para al fin para las ansiadas Indias.

Una vez en Santo Domingo, Cortés se quedó algún tiempo en la capital. Allí se enroló en la hueste de Diego Velázquez, que sojuzgó la rebelión indígena de la cacica Anacaona. Esa fue la única acción militar Cortésiana antes de la conquista de la confederación azteca. Al término de la campaña, fue recompensado con un repartimiento de naturales en Daiguao y con la escribanía del ayuntamiento de Azúa, ciudad que ayudó a fundar. Allí vivió cinco o seis años de las rentas que le pagaban sus indígenas encomendados, dedicado a galantear a diversas damas.

En 1509 llegó a La Española el gobernador Diego Colón con un gran séquito de españolas casaderas, entre las cuales vino Catalina Juárez, con la que tuvo relaciones íntimas, y dos años después se enroló en la expedición de Diego Velázquez para conquistar Cuba. Al parecer, en esa ocasión no actuó como soldado, sino como secretario o tesorero de Velázquez. Cortés se vio envuelto luego en una conspiración de los conquistadores de Cuba contra Velázquez, al que acusaron de fraude al fisco real. Tuvo ocasión de mostrar entonces el talante político maquiavélico que le encumbraría a la fama y la riqueza, ya que hizo un pacto con Velázquez, cuya amistad selló con una alianza familiar al casarse con Catalina Juárez y convertirse en concuñado suyo. Esta interesada amistad le valió una encomienda de indios en Manicarao y la posesión de un hato con vacas, ovejas y yeguas. Con el paso del tiempo, Cortés se convirtió en un hombre rico y tuvo una hija con una indígena, que apadrinó el gobernador Velázquez. Poco después, se caso con Catalina Juárez, de nuevo con Velázquez como padrino.

En 1519, los españoles preparaban desde Cuba el asalto a un imperio situado al Occidente, identificable con el de los aztecas. Velázquez preparó entonces una expedición a Yucatán, cuya costa acababan de recorrer Hernández de Córdoba y Grijalba, y puso a su compadre Cortés al frente de ella. En teoría, se trataba de realizar en la costa mexicana intercambios con los indígenas y descubrir los secretos de la tierra. Pese a lo modesto del plan, Cortés levantó una hueste de trescientos hombres, con la que partió precipitadamente de Santiago para evitar que Velázquez le revocara el nombramiento, lo que hizo efectivamente a poco de partir. En Trinidad, se le unieron otros doscientos españoles, y luego en La Habana y el cabo de San Antón se le sumaron algunos más.

La armada Cortesiana partió de Cuba el 10 de febrero de 1519 con once naves, a bordo de las cuales iban 109 marineros, 508 soldados, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 16 jinetes y 200 indios de servicio, además de algunos negros. Su artillería consistía en 10 cañones de bronce y 4 falconetes. Al llegar a la isla de Cozumel, Cortés rescató al español Jerónimo de Aguilar, que llevaba ocho años en la costa yucateca a causa de un naufragio. Aguilar hablaba maya, y fue una valiosa ayuda para entenderse con los naturales de aquella región. La navegación continuó

por la costa de Yucatán hasta la desembocadura del río Grijalva, donde tuvieron un combate con los naturales de Tabasco, en el que murieron dos españoles y ochocientos indios. La paz fue negociada a través de Aguilar, que obtuvo a cambio del cese de hostilidades la entrega de alimentos y veinte mujeres, entre las que estaba la famosa doña Marina, que se convertiría en amante y consejera de Cortés. Marina, la Malinche, hablaba el náhuatl y la lengua de Tabasco o mayance, que era la que había aprendido Aguilar, con lo que Cortés se aseguró la comunicación con los naturales.

LA MARCHA A TENOCHTITLÁN

El proyecto de Hernán Cortés no era el de hacer rescates y comerciar en la costa, por lo que se dirigió directamente a San Juan de Ulúa; allí, contraviniendo las órdenes de Velázquez, desembarcó e instaló un real o campamento. Dos días después llegó una embajada azteca con presentes (piezas de oro, ropa fina y adornos), que confirmó la riqueza del imperio lejano cuya existencia se confirmaba a cada paso. Cortés invitó a sus generosos anfitriones a una misa cantada por dos sacerdotes, al término de la cual les comunicó que los españoles eran cristianos y súbditos del mayor emperador del mundo, les regaló cuentas de vidrio, una silla de caderas y una gorra y les solicitó una entrevista con su monarca. La entrevista concluyó con una exhibición de caballos corriendo por la playa y numerosos disparos de artillería, que impresionaron profundamente a los naturales.

A la semana siguiente llegó otra embajada azteca con más presentes (dos ruedas grandes de oro y plata, granos de oro, ropa fina de algodón, animales, etc.) y la respuesta de su monarca, que se negó a recibir a los españoles. Cortés se quedó con los regalos, envió otros, y volvió a insistir en la entrevista. Al cabo de unos días arribó una tercera embajada para comunicar a Cortés que su rey no podía recibirles y les conminaba a coger lo que necesitaran antes de abandonar el país.

Las riquezas aztecas decidieron a Cortés a terminar con la pantomima de los rescates, convirtiéndose en conquistador, y en rebelde ante el gobernador Velázquez. Promovió con este fin un motín: sus adictos le pidieron entonces desobedecer las órdenes de comerciar y le *obligaron* a poblar la tierra. Cortés recurrió a una de sus clásicas estratagemas, ya que manifestó estar sorprendido por la solicitud y pidió una noche de plazo para pensar si aceptaba. Al día siguiente, impuso que le nombraran capitán general y justicia y que le dieran el quinto real del botín que obtuvieran, después de sacado el quinto del Rey. Este “golpe” institucional se consolidó entre el 5 y el 19 de julio de 1519 mediante la fundación de una población, la Villa Rica de la Veracruz, que eligió un Cabildo adicto a Cortés; sus primeros alcaldes fueron Hernández de Portocarrero y Montejo. Desde entonces, y hasta el 12 de octubre de 1522 en que el Consejo de Indias le absolvió de la acusación de traición formulada por el gobernador Velázquez, Cortés fue rebelde y usurpador de un título que no le correspondía. Como tal rebelde, emprendió la conquista de México.

La estrategia de acercamiento al imperio azteca fue muy meditada, y reprodujo algunas de las tácticas empleadas en la reconquista española. Cortés buscó un puerto de apoyo, el de Cempoala, y pasó al poblado de Quiahuiztla, donde estrechó relaciones con los Totonacas, a los que ofreció librarles de los impuestos que pagaban a los aztecas. Tras edificar la población de Veracruz, deshizo un complot de los velazquistas, aceptó la ofrenda de numerosas mujeres (con la condición de que se bautizaran para poderlas repartir luego como amantes a sus capitanes), exhortó a los indios a abandonar sus dioses y sus prácticas homosexuales y destruyó las imágenes de dioses que encontró en un templo o cu cercano, donde mando poner una cruz y decir misa. Cortés culminó esta etapa mandando a España unos procuradores con el quinto real para Carlos V y su primera *Carta de Relación* sobre el territorio. En un gesto de gran importancia simbólica, ordenó también destruir las naves, para que nadie pudiera volver a Cuba a informar de su rebelión. Además, reforzó su hueste con los cien marineros que las tripulaban.



Cortés Llegando a Veracruz

El 16 de agosto de 1519 Cortés y su hueste emprendieron la definitiva conquista de la fantástica Tenochtitlán; eran cuatrocientos infantes, quince o dieciséis jinetes, y mil trescientos indios totonacas aliados. En Villa Rica quedaron unos ciento cincuenta hombres, la mayor parte de ellos enfermos o inútiles, bajo las órdenes de

Gutiérrez Escalante. Por consejo de los totonacas los españoles se dirigieron a Tlaxcala, una confederación de cuatro pueblos nahuas, enemiga tradicional de los aztecas. Los tlaxcaltecas rechazaron la oferta de alianza de Cortés y se defendieron heroicamente durante varios días, al cabo de los cuales decidieron negociar la paz. Se repitió entonces la entrega de indias a los españoles; tras veinte días en Tlaxcala, la hueste Cortesiana, acompañada ahora de numerosos guerreros tlaxcaltecas, partió hacia Cholula, la ciudad santa azteca, donde se produjo una terrible matanza. Según indicó el conquistador, los aztecas le habían tendido allí una celada para evitar que pasara a Tenochtitlan. La trampa fue descubierta por doña Marina; cerca de tres mil naturales fueron muertos por los españoles y sus aliados tlaxcaltecas en aquella ocasión.

La marcha hacia el valle de México de la hueste, pasando por las ciudades de Amecameca, Tlamanalco, Chalco e Iztapalapa, fue el siguiente acto de la conquista. En Iztapalapa esperaba a los españoles y sus aliados una embajada formada por los reyes de Cuitláhuac y de Cholloncan, que los condujo hasta Tenochtitlan. Allí les recibió Motecuhzoma, que se presentó sobre andas, rodeado de señores y con todo un aparato ceremonial alrededor. Cortés y sus soldados quedaron profundamente impresionados. Era el 8 de noviembre de 1519.

EL FABULOSO MUNDO AZTECA

Moctezuma, que tenía el cargo de *Huey Tlatoani* o emperador azteca condujo a los recién llegados al palacio de Axayácatl, donde fueron alojados. Los españoles visitaron luego la ciudad, que les impresionó mucho: se trataba de una ciudad lacustre, unida a tierra firme por cuatro calzadas, con una enorme población (entre 150.000 y 300.000 habitantes), que recibía el agua potable de un gran acueducto. Tenía las casas bajas con azoteas y una zona monumental de grandes templos, entre los que destacaba el mayor o Gran Cu, desde donde partían las calzadas. El templo mayor era una gran pirámide de ciento catorce gradas en cuya parte superior estaban las capillas de los dioses Huitzilopochtli (de la guerra) y Tláloc (de la lluvia).

Las relaciones con los aztecas fueron buenas al principio, con mutuas visitas de Cortés y Motecuhzoma, pero empeoraron a medida que los propósitos de permanencia de los españoles se hicieron más evidentes. Cortés comprendió entonces que su tropa afrontaba una situación muy comprometida, pues estaba encerrada en un palacio situado dentro de una ciudad enorme, de la que solamente se podía salir por las calzadas que iban a tierra firme. Tomó entonces la decisión de apoderarse de la persona del Tlatoani y mantenerlo como rehén, lo que justificó con el argumento de que Motecuhzoma había mandado atacar a los españoles de Veracruz. Haciendo gala de una gran temeridad, el 14 de noviembre se presentó en su palacio acompañado de sus capitanes y le obligó a trasladarse al suyo en calidad de preso. El monarca azteca recibió luego varias embajadas de su pueblo que le preguntaron si atacaban a los españoles, pero cometió la debilidad de no dar dicha orden. Tuvo que

asistir así inerme a la quema de los súbditos que habían atacado a los españoles de Villa Rica “obedeciendo” sus ordenes; en esa ocasión, Cortés mostró una innecesaria crueldad.



Desde ese momento, el conquistador se sintió fuerte, perdió la prudencia y emprendió distintas acciones, ya que mandó reformar Veracruz, explorar el territorio en busca de oro y buscar un buen puerto. Además, apresó varios señores aztecas como supuestos “conspiradores” contra los españoles y conminó a Motecuhzoma a declararse vasallo de Carlos V, al que envió el tesoro del palacio de Axayácatl y el botín obtenido en las ciudades aztecas. El cronista Bernal Díaz afirmó que este botín fue de 600.000 pesos, aparte de numerosas joyas y tejuelos de oro, pero Cortés lo tasó en sólo 162.000; tras separar su parte y el quinto real, pagó los gastos de la expedición y las pérdidas sufridas y repartió el resto. Cada soldado obtuvo sólo cien pesos; el descontento entre la tropa fue acallado por Cortés con entregas de oro bajo cuerda a los que más protestaban.

Llegaron entonces las noticias de que había arribado a San Juan de Ulúa una fuerza española de mil cuatrocientos hombres, ochenta jinetes y diez o doce cañones enviados por el gobernador Velázquez desde Cuba para someter al “rebelde” Cortés.

Éste decidió entonces enfrentarse con sus paisanos, consciente de que no podría soportar un ataque conjunto de los recién llegados y los aztecas. Tras dejar en Tenochtitlan ciento veinte hombres al mando de Pedro de Alvarado, partió con los ochenta restantes hacia la costa, y recibió a los velazquistas con promesas de riqueza. El 28 de mayo, sin la menor lucha, Cortés fue aclamado por todos, y regresó a Tenochtitlan al frente de mil trescientos soldados, noventa y seis jinetes, ochenta ballesteros e igual número de escopeteros y dos mil aliados tlaxcaltecas. Al acercarse a la capital azteca, se dirigió directamente al palacio de Axayácatl, donde encontró a sus hombres cercados; en un acto de enorme torpeza, Alvarado había acometido una matanza contra los aztecas en la fiesta a Tezcatlipoca, que hartó a los naturales, y les decidió a poner cerco a los españoles. Cortés y sus hombres quedaron también atrapados en el mismo palacio, que atacaban ya abiertamente los guerreros aztecas dirigidos por Cuauhtémoc, sobrino de Motecuhzoma. Para aliviar la situación, Cortés pidió al Tlatoani prisionero que se dirigiera a su pueblo desde un balcón de palacio y les pidiera que depusieran su actitud. El desgraciado Motecuhzoma supo entonces que había sido depuesto, pues el Consejo había nombrado en su lugar a su primo Cuitláhuac, señor de Iztapalapa. Los aztecas tiraron piedras a los españoles, y una de ellas dio a Motecuhzoma, que murió por las heridas sufridas, aunque otra versión indica que falleció de inanición al negarse a ingerir alimentos.

La situación española se hizo insostenible y Cortés dispuso la retirada de Tenochtitlan el 30 de junio de dicho año. Fue la famosa "Noche Triste". Los españoles no pudieron retirarse amparados en la oscuridad, y fueron descubiertos y atacados desde los lagos. Iban tan cargados de botín que apenas podían defenderse; murieron cerca de ochocientos soldados y unos cinco mil indios aliados. La vanguardia se salvó en gran parte, pero casi toda la retaguardia cayó en manos aztecas. La retirada prosiguió hasta Tlacopan, en cuyo templo se refugiaron aquella noche, y luego hasta Otumba, donde lograron rehacerse contra sus perseguidores. Finalmente, pudieron alcanzar sus cuarteles en Tlaxcala.

LA GUERRA DE CONQUISTA

A partir de la Noche Triste, Cortés proyectó cuidadosamente una guerra sin cuartel contra la confederación azteca. Tras lanzar una campaña contra Tepeaca, ocupó Tepeyácac y fundó Segura de la Frontera, que convirtió en base de operaciones. Desde allí, logró dominar la región oriental azteca. La hueste fue disciplinada, se prohibió el juego y algunos descontentos fueron remitidos a Cuba. Finalmente, Cortés reforzó su tropa y mandó fabricar en Tlaxcala unos bergantines por piezas, que debían permitir a la hueste moverse en el entorno lacustre de Tenochtitlan. El 29 de diciembre de 1520 partió de Tlaxcala hacia Texcoco con quinientos cuarenta infantes, cuarenta caballeros y unos diez mil tlaxcaltecas. Una vez en los lagos, ordenó ensamblar y botar los bergantines y emprendió una ofensiva para controlar sus riberas. No todo fueron triunfos, pues estuvo a punto de caer en manos de los aztecas

dos veces y tuvo que hacer frente a una conspiración interna, tras la cual organizó su propia guardia personal.

En mayo de 1520, la hueste Cortesiana empezó el asedio formal a Tenochtitlan; lo primero fue cortar el acueducto de agua potable de Chapultepec y atacar las calzadas que iban a la ciudad. La situación de los sitiados se volvió desesperada por falta de agua y por una epidemia de viruela, enfermedad desconocida por los aborígenes, que había traído desde Cuba un negro propiedad del navegante y conquistador Pánfilo de Narváez. Cortés empleó en esta fase la táctica de tierra arrasada y destruyó cuanto encontraba a su paso. La resistencia azteca se centró en Tlatelolco, donde los aztecas sufrieron por igual la barbarie española y la de los tlaxcaltecas. El 13 de agosto se hizo la última ofensiva contra la capital y numerosos indios huyeron en canoas. El capitán García Holguín, que iba a bordo de uno de los bergantines, capturó la canoa en que huía el Tlatoani Cuauhtémoc, que fue llevado prisionero ante la presencia de Cortés. Era el fin de la resistencia azteca. Tenochtitlan había soportado 85 días de asedio, durante los cuales, como dijo Bernal Díaz “no se hallado generación en el mundo que tanto sufriese el hambre y sed y continuas guerras, como ésta”.



EL REINO DIVIDIDO CONTRA SÍ MISMO

A partir de aquí la conquista se hace inteligible. Porque no fue el resultado de la acción de algunos centenares de españoles, ni siquiera de un millar, sino una empresa en la que colaboraron decenas de miles de indios, bajo diferentes aspectos. Entre otros autores, dos historiadores, uno español, el otro mexicano, llegan a la misma conclusión. Así Jesús Salafranca: «*En todas las campañas, Cortés va a disponer además de su pequeño ejército de un número considerable de fuerzas indígenas aliadas, encuadradas en unidades bajo sus propios mandos...*» Y tras haber puesto de manifiesto el papel de los indios en las actividades del genio, este autor añade: «*Sin el apoyo sistemático y eficaz de esos trabajadores, zapadores e ingenieros indígenas, la victoria de los españoles no hubiera sido posible.*» Mientras que José Luís Martínez insiste: «*Cortés y sus soldados, marinos, carpinteros y herreros, se limitaron a la planear la estrategia, a contribuir con su técnica y la superioridad de sus armas, y sobre todo a dirigir y organizar las acciones militares. La conquista de México hubiera sido imposible sin el apoyo indígena y, por supuesto, sin la conducción de Cortés y el arrojo decidido de sus capitanes y soldados. Cortés tuvo el acierto de obtener y organizar la colaboración indígena.*»

En la elaboración de la estrategia india de Cortés, la intervención de doña Marina fue muchas veces decisiva. Eso se hizo evidente desde el comienzo mismo de la expedición. Cuando los primeros totonacas se presentaron a Cortés en San Juan de Ulua, le explicaron que habían sido informados de los grandes hechos de los españoles en Tabasco y que habrían ido antes si no fuera por el miedo a las gentes de Culua, es decir, a los mexicas. Doña Marina tradujo y «conversación tras conversación, Cortés supo que Moctezuma tenía enemigos y adversarios, de lo que se alegró». Días después de aquello, cuando los españoles entran en Quiahuiztlan, en país totonaca, es de nuevo doña Marina la que expone a Cortés las quejas del Cacique Gordo de Cempoala contra la opresión de que son víctimas los suyos por parte de los mexicas, quienes los esclavizan y toman regularmente a veinte de sus hijos e hijas para sacrificarlos a su dios de la guerra. Y es entonces cuando Cortés causa sensación arrestando a cinco recaudadores de impuestos de Moctezuma, y prometiendo a los totonacas que contarán con su protección si se liberan del dominio mexica y dejan de pagar los tributos. La noticia se expande como un reguero de pólvora y da que pensar a los pueblos que desde hace poco se han visto sometidos a la dominación de México.

Y fue gracias a la traducción de Malintzin como Cortés se entero de la hostilidad irreconciliable ente los tlaxcaltecas y los mexicas; es ella la que expone en Cempoala, luego en Tlaxcala, los rudimentos de la religión cristiana, es ella la que reclama, en nombre de los españoles, que cesen los sacrificios humanos, la que explica a los rehenes de Tlaxcala, liberados por Cortés, las razones de esta generosidad, de la que se benefician enseguida los cautivos de las localidades en las que entran los españoles. Es también ella la que informa a Cortés de las profecías que anuncian la llegada de invasores nacidos donde el sol se alza, de las quejas de Tlaxcala contra México, preludio de la gran alianza entre españoles y tlaxcaltecas, la que traduce las informaciones que dan los caciques de Tlaxcala sobre la capital de la

confederación azteca, sus recursos, sus defensas, el acueducto de Chapultepec. Es ella la que transmite a Cortés las advertencias de los tlaxcaltecas contra la cercana ciudad de Cholula, sometida a la influencia azteca. Es ella la que se hace eco de los rumores según los cuales los sacerdotes del culto mexica, intérpretes de los dioses, habrían aconsejado a Moctezuma que dejara que los españoles penetraran en México para eliminarlos físicamente.

Así, dueño de la comunicación, Cortés desarrolla una hábil e inteligente política de negociaciones y de ofertas de paz con todos los pueblos indios que encontró en su larga marcha hacia México-Tenochtitlan. Intentó en vano, reiterando sus ofertas, evitar el conflicto armado con Tlaxcala pero, tras los duros combates del 2, 3 y 5 de septiembre, cuando la mayor parte de los caciques se convencieron de la invencibilidad de los españoles, que, en realidad, estaban al límite de sus fuerzas, tuvo la habilidad de renovar sus ofertas, al mismo tiempo que recibía a los enviados de Moctezuma, portadores de proposiciones hostiles hacia Tlaxcala, cosa que inquietó vivamente a Xicotencatl el Viejo y a Mexicatzin, los caciques más influyentes, y reforzó su voluntad de paz. Es sabido que la alianza con Tlaxcala fue la clave de la victoria final, ya que la ciudad sirvió de refugio a los españoles tras la Noche Triste, y fue una base privilegiada desde la que organizar la reconquista. Además, la participación de las tropas tlaxcaltecas en la batalla de México-Tenochtitlan fue considerable, en cantidad y en calidad. La hostilidad entre México -Tenochtitlan y Tlaxcala fue, por lo tanto, una gran suerte para Cortés que tuvo personalmente una prueba concreta de ello en el curso de la batalla final, cuando fue testigo de los desafíos e injurias que intercambiaban sus aliados tlaxcaltecas con los mexicas. Diego Muñoz Camargo, un escritor mestizo nacido en Tlaxcala, que busca en vano las causas de ese antagonismo permanente, constata solamente que los dos adversarios sacrificaban sistemáticamente a todos sus prisioneros. Aventura la hipótesis de que los mexicas querían mantener cerca de su ciudad a un enemigo que les permitiera estar permanentemente en estado de guerra y contar, con un vivero de víctimas potenciales para sus sacrificios, aunque no deje de mostrar sus propias dudas con respecto a esta interpretación.

Tras la Noche Triste, Cuauhtemoc, inteligente y políticamente lúcido, intentó convencer a Tlaxcala para que formara con su pueblo una gran alianza antiespañola, ofreciéndole las mismas ventajas que tenían las ciudades de Tacuba y Descoco. La embajada que acudió a Tlaxcala abogó en este sentido: ¿no tenían ambos pueblos los mismos dioses, y tradiciones semejantes? Juntos, se desharían para siempre de los invasores. Xicotencatl el Joven, que odiaba a Cortés, estaba dispuesto a sellar esa alianza. Pero a Cuauhtemoc le traicionó la historia. El contencioso entre las dos ciudades era demasiado intrincado, estaba demasiado cargado de dramas. Xicotencatl el Viejo y Mexicatzin juzgaron que no se podía confiar en los mexicas. Esta decisión salvo a los españoles, todos los conquistadores de México están de acuerdo.



Por otra parte, Jesús Salafranca estima que Cortés fundó así las «fuerzas regulares indígenas» que prefiguran las creadas por los ingleses en la India, y por los franceses y los españoles en África del Norte, tres o cuatro siglos más tarde. Los chinantecos habían aprendido ya un nuevo orden de combate, bajo el mando de Bernardo de Barrientos que había sido enviado por Cortés a la región de Oaxaca para buscar las minas de oro: formaron un contingente de 1.500 hombres enviados contra Narváez pero que no tuvieron que combatir, debido al rápido desenlace de los acontecimientos. Más tarde, entre la Noche Triste y la reconquista de la capital, las fuerzas indígenas de Tlaxcala recibieron una formación específica, bajo la dirección de Juan Márquez y de Alonso de Ojeda el Viejo, que habían aprendido la lengua de Tlaxcala y estrechado amistades entre los indios. Estos dos «capitanes» modificaron el armamento de sus hombres, añadiendo puntas de cobre a sus largas lanzas, dividieron los efectivos en compañías autónomas, enseñaron con gran éxito a los contingentes tlaxcaltecas nuevas técnicas de combate, ya que Cortés alabó sus cualidades de combatientes y observó también que desde entonces sufrieron pocas pérdidas; por su parte, Bernal Díaz del Castillo anotó con una pizca de asombro, durante la campaña de Tepeaca que preludio el ataque contra México-Tenochtitlan, que los tlaxcaltecas se batían con una gran valentía pero también con tal disciplina que no tuvieron más que tres muertos, de un contingente de dos a cuatro mil hombres, mientras que sus adversarios sufrieron numerosas pérdidas. Cortés ya había contado con la ayuda de un destacamento tlaxcalteca durante la incursión relámpago contra el ejército de Pánfilo de Narváez.

La contribución de Tlaxcala fue, sin ninguna duda, la más importante y la más regular. Pero otras «naciones» indias participaron en la alianza: los totonacas, que proporcionaron los primeros porteadores y un contingente de guerreros, rehusaron intervenir en la campaña de México-Tenochtitlan, pero los chinantecos, aliados antes

de la Noche Triste gracias a la acción de Barrientos, las gentes de Huejotzingo (aliados tradicionales de los tlaxcaltecas), las de Chalco, Tamaulco, Xochimilco, vecinos inmediatos de México-Tenochtitlan y vasallos del soberano azteca, respondieron a la llamada de Cortés y a su convocatoria en Descoco; un poco más tarde, sobrevino la alianza de los otomíes. Cortés observó la desesperanza que se apoderó de los mexicas cuando vieron a esos indios, a los que creían sometidos, enfrentarse a ellos, destruir su ciudad, quemar sus casas. Este comportamiento suscita muchas interrogaciones: ¿Cuál era la influencia real de los mexicas sobre sus vasallos? ¿Cómo se aceptaba su poder? La fragilidad política de la confederación azteca parece demostrada. Por otra parte, Cortés, tan discreto a propósito del papel de Malintzin, insiste, por el contrario, en subrayar el compromiso de los indios en sus filas, su ardor en el combate, en suma, la considerable ayuda que le aportaron, como si quisiera sugerir con ello la legitimidad de la conquista y presentar a los mexicas como unos opresores cuyo dominio habían rechazado los otros pueblos indios con entusiasmo.

La importancia de los efectivos de los combatientes indios comprometidos en la batalla de México es objeto de controversia: 25.000 hombres, según Bernal Díaz del Castillo; 150.000, según José Luís Martines, lo que parece demasiado; 75.000 para Cortés, si se suman las cifras de las tres unidades que compuso para el alarde de Descoco, el mismo que sirve de referencia a Bernal Díaz del Castillo. Evidentemente, otros combatientes indios, deseosos de figurar entre los vencedores, pudieron haberse unido a los españoles durante la batalla.

Jesús Salafranca insiste, además, en el papel capital de los aliados indios en un gran número de cuerpos auxiliares: trabajos de ingeniería, ya lo hemos señalado, construcción de barcos, mantenimiento de los caminos, y además servicios de sanidad: fueron los indios los que fabricaron parihuelas y Camillas, los que evacuaron a los heridos, enterraron los cadáveres, y desplegaron todos los recursos de la farmacopea indígena, especialmente las hierbas medicinales, que administraban a los heridos, y que fueron muy eficaces: el propio Cortés se benefició de ellas en Tlaxcala, después de la batalla de Otumba en la que sufrió una herida que se infectó de forma inquietante.

Y precisamente porque «fueron los indios los que hicieron la conquista de México» bajo la dirección de Cortés es por lo que este pudo, en el transcurso de los siguientes años, consolidar su victoria pero también poner, en medio del dolor, los cimientos de una nueva nación.



BIBLIOGRAFÍA

MIRALLES, Juan: Hernán Cortés: el inventor de México.

Editorial Tiempo de Memoria Tusquets editores, Barcelona, 2002.

BENNASSAR, Bartolomé: Hernán Cortés, el conquistador de lo imposible.

Editorial temas de hoy, historia, Madrid, 2002.

CORTÉS, Hernán: Cartas de Relación.

Edición de Mario Hernández en Crónicas de América de Historia 16, Madrid, 1985.

THOMAS, Hugh: La conquista de México.

Editorial planeta, Barcelona, 2004.

LOPEZ DE GOMARA, F. Vida de Hernán Cortés y la conquista de México.

Edición de José Luis de Rojas en Crónicas de América de Historia 16, Madrid, 1987.